

**Ann-Margaret Lim, “Al leer el diario de Thislewood”**

*Las canciones del esclavo representan los pesares de su corazón; y  
le alivian, solo como las lágrimas alivian a un corazón dolorido.*

— Frederick Douglass

III

Estimada Phibbah:

Tu nombre casi rima con Syvah –  
el paso de baile que está de moda.  
Así que cuando pienso en ti, digo,  
*Syvah, syvah, syvah*, como en la canción  
y tú sabes, Phibbah, no es una mala comparación  
porque cuando las mujeres hacen syvah, se agachan para lanzarse,  
despliegan las alas y vuelan.

Cuando ellas hacen syvah, Phibbah,  
sus pies recuerdan  
las vueltas y giros que hacías  
en los velatorios de compañeros esclavos,  
cantando, *Cuando yo muera, aleluya, adiós, adiós*  
*echaré a volar.*

Y el levantamiento,  
cuando el cuerpo completamente entra en acción,  
es para romper y liberarse de los grilletes,  
y yo canto: *Syvah, syvah, syvah*,  
y pienso en ti, Phibbah,  
en la miserable esclavitud.

Cuánto sufriste por culpa de cada infección que  
Thislewood te pasó,  
al llenar de su espermia cada falda con que le apetecía joder;  
cuánto debes haber sollozado cuando el hijo de él –  
tu niño mulato, murió.  
Esto no estaba en el diario. Él lo mantuvo “digno”.  
Y en la descarga de  
*syvah, syvah, syvah*,  
cuando las mujeres levantan las manos  
como alas de albatros,  
pienso: *Phibbah, ¿en qué momento  
tramaste tu plan para ser liberada  
de este hombre condenado?*

**Canisia Lubrin, “En la oscuridad, dobla a la derecha”**  
*siguiendo a Afua Cooper*

Ni una nube en medio del verano,  
por eso los vapores se levantan al quedarse sin campo,  
sin pavimento en el que desaparecer. Aquí,  
este comienzo de la estación de sombreros de paja: el bronce básico  
de turistas semidesnudos era como si los muertos despertaran

para caminar por las manzanas de una ciudad de madera.  
¿Montreal—qué has empezado aquí?  
¿Son estos tus restos de Nouvelle-France  
de una oscuridad aborigen? ¿Aquí, el lugar  
que había muerto en su recorrido a través de arroyo, bosque, tótem?

Pero yo, estoy aquí para Marie-Joseph-Angélique,  
cuya historia aún causa dolor a las fronteras del Viejo Montreal.  
Todavía no canonizada en canciones populares, con metonimia  
de aire girando como un tornado en la garganta: óyeme  
llena de la tragedia de su vida,  
mientras el caucho negro mantiene en silencio  
los átomos que explotan en las líneas eléctricas

que aquí todavía señalan la provincia. ¿Qué forma todavía  
el borde norte del San Lorenzo? La Sagrada Notre-Dame  
singular en el arte de alto precio. Rue Berri enciende  
el axis que cruza Boulevard Saint-Laurent. Más abajo  
en el curso paralelo de Rue Notre-Dame,  
como te arqueas, Rue Saint-Paul.  
Ninguno de ustedes  
se toca jamás.

Busco – pero qué frías cicatrices valientes – quién hace reparación,  
ya sea testigo o destructor en el lenguaje inmemorial  
de la luz solar que se forma en el enlace permanente del niño salvaje,  
el chamán del chamán, sin embargo el latón del olvido aquí todavía habla:  
desentierra tus agravios, oh, lustrosa llama de arce  
en vidrio de anfetamina, el desencantado llano verde,  
imitación de la nube de Oort, todavía un espectáculo interestelar  
de cuán radical es el agua bajo presión.

Como busco a Angélique, amorfa, disfrazada,  
quantum de esa placidez de hombre muerto  
en las geometrías rebeldes de una horca muda  
hablando llanamente del peligro como si fuera una leve depresión  
en un mapa. Un sitio donde doblar a la derecha  
a la oscuridad  
entre aquí y el cuarto del amo.

**Traducciones:**

Collins Klobah, Loretta y Maria Grau Perejoan. (2020). *The Sea Needs No Ornament/ El mar no necesita ornamento*. Peepal Tree Press.